

# Importante discurso de Lequerica en la ONU

## Posición de España en los asuntos internacionales y defensa de M

SEDE DE LAS NN. UU. (Nueva York), 4.—El texto de la intervención del Embajador español, don José Félix de Lequerica, en el debate de la Asamblea General, dice así:

“Sr. Presidente:

Nuestro saludo más expresivo, lleno de simpatía, al presidente de la Asamblea, que une a las personales cualidades de entereza las gracias mentales de su raza ilustre, gran productora de políticos y escritores. Irlanda es todo un capítulo de la Historia del mundo, al que durante siglos hemos sido los españoles cercanos y aun pudiéramos decir cómplices, como atestigua todavía algún bello edificio de irlandeses, donde se educaban aún hace poco tiempo los hijos de la verde Isla de los Santos, a quienes la agitación política en su época hacía buscar refugio en nuestro país, afín por tantas razones de común religiosidad y sentido de la vida.

“No es, además, puramente ritual y casual la presidencia irlandesa de la XV Asamblea. El país de nuestro presidente es ejemplo de cómo aun frente a dificultades seculares, los pueblos con auténtica realidad nacional, no fruto de fantasías y agitaciones sin base, prevalecen en sus propósitos y llenan enseguida sus altos puestos internacionales. Ejemplo como nunca adecuado en estos días, cuando se acaban de sentar los representantes de varias nuevas nacionalidades, sobre todo africanas, a las que una evolución beneficiosa para la suerte de la Humanidad ha elevado al rango superior de países independientes. Este gran suceso será, probablemente, el signo de la VX Asamblea ante la Historia.

“No estaba cerrado, no, el capítulo de los pueblos de la Tierra. La presente reunión de las Naciones Unidas, con la presencia de eminentes jefes de Estado o gobernantes esenciales de tantos países, tiene un cierto sabor de Congreso de Viena, con música diferente y con contenido variado, hasta donde la Historia pueda variar, que no es gran cosa.

Qué mayor consuelo para quienes, como los españoles, tienen un concepto providencial del desarrollo humano y una creencia firme y decidida en la igualdad de los hombres y su capacidad para desarrollar las mismas facultades y alcanzar idénticas metas en su vida, que esta aparición de tantos pueblos hoy sentados a la gran deliberación universal de las Naciones Unidas. Nos habíamos acostumbrao, quizás, a un mundo director corto, separado por murallas de zonas extensas de humanidad, distantes de los protagonistas. El monopolio de Europa, el del Congreso de Viena, ocupa largo período. Y ahora, el mundo, como política —no como cultura—, se ha deseuropizado y recaba su papel. Países de vieja civilización, los asiáticos, antes alejados de este conjunto director, han pasado a primer término. Los Estados de América, la mayor parte del siglo XIX, estaban tan sólo en los principios de su juego, y con más deseos de aislamiento que de sumarse a la vida conjunta. Y ahora nos encontramos con ellos, con los asiáticos, y con estos pueblos de Africa, hechos elemento predominante en el hacer de la Historia.

Hora de justicia para España —dejadme decirlo y glosarlo— esta de salir a tomar el sol de los destinos políticos, con finalidad dentro de lo universal, los pueblos jurídicamente nuevos. Un considerable historiador británico, cuyos juicios, sea cualquiera la apreciación que al valor de su obra y hasta al sistema de su obra pueda atribuirse, tienen valor. Arnold Toynbee, acaba de escribir, el día 7 de agosto de 1960, en el suplemento ilustrado del «New York Times», citó:

«Entre los pueblos de civilización cristiana occidental, los que hablan español y portugués, están notablemente libres de toda conciencia de raza. ¿es ésta la herencia de su pasado islámico? Alrededor de quinientos años, la mejor parte de la península ibérica estuvo bajo el gobierno musulmán. La cultura islámica era, en la época, la más alta y, por consiguiente, la más atractiva de las culturas contemporáneas del occidente cristiano. En consecuencia, los súbditos cristianos vivían profundamente influenciados por la cultura de los gobernantes musulmanes, y ésta influencia permaneció después de que el gobierno musulmán de España y Portugal se hubo extinguido.»

No es una casualidad el que aquellos pueblos del Oeste que han tenido un mayor contacto con el Islam sean, también, los pueblos del Oeste con un historial mejor en materia de relaciones de raza.

De todas maneras, la libertad de los españoles y de los pueblos de lengua española y portuguesa de ese sentido racial es un hecho incuestionable, sea el que fuere su origen histórico.

El juicio es honroso y lo recojo con agradecimiento en cuanto a España se refiere —que Portugal tiene aquí bien autorizado vocero— y creo que corresponde a una efectiva realidad.

Ahora, la interpretación de los motivos españoles me parece distinta a la que da el historiador inglés. Ciertamente mucho debemos los españoles y los pueblos de origen español, y no me han faltado ocasiones de decirlo aquí mismo y en la comisión política, a la cultura y al tipo de vida musulmanes durante tantos siglos presentes en la península Ibérica. Bellezas, virtudes, sonoras palabras de nuestro idioma, nos han venido de la que fue tremenda contienda y luego se hizo convivencia en muchas partes de España y hoy es recuerdo cultural para nosotros bien apreciado, y una emoción sentimental que tantos nos acerca, y nos ha acercado aquí mismo, a los pueblos arábigos y musulmanes todos. Pero no creo que fuera la noción mahometana de la igualdad entre los hombres lo que pesó en nuestra posición frente a las gentes de otras castas con las que entramos en contacto; era típica e innata del pueblo español al descubrirse América e iniciarse la acción creadora —que, en el sentido romano más brillante, podemos llamar colonia— de los primeros españoles trasladados al continente recién descubierta por España, era el instinto español, el sentir español, cristiano, católico, repleto de humanidad —siempre vigente para nosotros— el que nos había enseñado la igualdad de todos los hombres.

Ya a principio del siglo XVI, el padre Montesinos, de la Orden de Predicadores, empezaba la apología sobre los derechos de los indios ante el acampar de los españoles en América, y decía: ¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánima racional? Y ahí estaban los derechos del hombre,

servido por el pensamiento de los juristas y teólogos españoles del siglo de oro. De Domingo de Soto es la frase que debe interpretarse con el sentido de su época y de la religión del autor, cito: «El cristiano, con la gracia santificante, no tiene un adarme más de derechos, en lo natural, que el infiel, salvaje, blanco o negro». Y es el gran dominico de Vitoria, padre del derecho internacional, quien enseña que los indios son legítimos dueños de sus tierras y haciendas, como son legítimos sus príncipes y señores, a los que los otros príncipes deben respetar sin buscar motivo para dominarlos, en su incredulidad y sus costumbres. «No sería lícita, por tanto, la guerra y la conquista aun si se resisten a creer, si permanecen en su infidelidad y en las prácticas idólatras» enseña el maestro.

Mi ilustre compañero de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de Madrid, Padre Venancio D. Carro, de la misma Orden de Predicadores, es autor de espléndidos estudios destinados a los teólogos y a los teólogo-juristas españoles, ante la conquista de América —que me gustaría conocieran tantos representantes de la América hispana, letrados y de alta experiencia como aquí se sientan— que me han servido para unificar muchas ideas demasiado generales y aún confusas, sobre esta página del pensamiento español. «Ni respecto a indios, ni respecto de ningún pueblo da el pecado de los súbditos derecho a intervenir a potestades extrañas», decía Vitoria. «Mientras no haya injurias a potestades extrañas y soberanas, no hay causa suficiente para la guerra de conquista. La única causa de la guerra justa es la injuria de pueblo a pueblo, que no puede ser reparada a no ser por las armas, al no tener una autoridad superior a quien acudir», escribía también Vitoria.

Pensad que esto se dijo a principios del siglo XVI, que era el pensamiento español, el que consultaban los Gobierno e informaba a los reyes. Traducirlo al lenguaje de hoy y es la plena condenación de quienes, en nombre de una vida más progresiva o de pretendidos principios superiores, conquistan, ocupan territorios extraños o se mantienen en ellas contra justicia y derecho. Id más lejos y hallaréis implícito el derecho de esos pueblos a formas Estados. Y en esa nostalgia de autoridad superior de la frase de Vitoria, ¿no encontramos una anticipación de los organismos internacionales universales de las Naciones Unidas?

El jefe de la delegación argentina, ilustre ministro de Relaciones Exteriores, y antes su representante en el Consejo de Seguridad, embajador Amadeo, recordaron este sentido jurídico español y lo habían incluido en la herencia moral española de su gran país. Emocionadamente se lo agradecemos.

¿Correspondió la obra española en América a estos propósitos? Sí, a la larga, por encima de accidentes y violencias. Fué la creación de casi una veintena de pueblos de

nuestra habla base de los fusión de ra ron con la peninsular cultura, ni la belleza, ra ni un mente ele radas y nuevos pa ses más s mundo li

# Discurso de Lequerica en la ONU

(CONTINUACION)

Es que no sólo fundimos las culturas, sino las vidas. Así surgió y vive una casta nueva y vieja a la vez. Nos sentimos satisfechos de esa aportación a la elevación de la humanidad que es el mestizarse. Hemos sido grandes productores de mestizos y ajenos, lo seguimos siendo, a esas historias de perezas raciales.

«Feliz culpa», si culpa puede ser el creer y practicar, incluso a través de nuestra física existencia, la verdad eterna de la igualdad entre los hombres. Y cuanto comento referido al pasado, no creo sea inactual.

El pasado español, no exclusivamente americano como sabeis de sobra, pues el mismo proceso se dio en los demás continentes donde fundaron los españoles. Como sistema y realidad subsiste hoy todavía donde hay españoles. Los hombres españoles son iguales por encima de accidentes físicos de pigmentación. En toda idolatría helada de quienes tratan de dividir y sujetar a los humanos a parcelas de tierras con nombres propios de pura geografía.

¿Por qué digo todo esto, al parecer tan poco práctico y distante de nuestras preocupaciones? ¿No ha de sorprender a algunos el por qué de esa invocación de frailes humanitarios y liberales del siglo XVI, en un debate sobre temas actuales y apremiantes? Tal vez sorprenda. Esta delegación sin embargo, cree en las palabras y en los estados de espíritu de los pueblos, como factor decisivo para mantener la paz y la dignidad de los hombres. Los fundamentos morales de sus posturas tienen pleno valor y se traducen, como reconocida Toyzbee, en una actualidad de creación española de pueblos. En último término, sobre todas las catástrofes posibles, quedará, como ha dicho en el debate bellísimamente un hombre de nuestra casta e idioma, el ilustre presidente electo del Uruguay, citó «Un pelotón de hombres libres que sobrevivieran a la catástrofe inmensa y retomarían las banderas de la libertad, la independencia y la justicia, vencedores de toda la conquista material y de los milagros de la técnica, porque ellos son consignas de Dios». Y nada más práctico y pragmático que esas consignas, guía suprema de los pueblos.

«Sería inútil negar que esta aparición de pueblos nuevos preocupa y quizás asusta. En cada período histórico nos acostumbramos a una dirección política, y cuando la evolución aporta nuevos elementos, es explicable la sorpresa y aun algo más que la sorpresa. Ya vivimos bastante consolidados en Naciones Unidas, con nuestras distribuciones electorales y hoy surge el factor desconocido. Pero no hay por qué espantarse y el espíritu de las Naciones Unidas ha de variar poco.

«Es preciso confiar en las capacidades de la amplia humanidad para atender a sus necesidades en todos los momentos, sin que sea preciso escamotearle su legítima intervención, en beneficio de los menos, atrincherado en sus posiciones. Encontramos nosotros, españoles, pueblo esencialmente de civilización cristiana, por cristiana precisamente tal desconfianza hacia las capacidades del hombre. Para nosotros, por esa convicción nuestra espiritual, no hay masas. Las multitudes no son mancha sombría y fondo de cuadros, sino suma de individualidades. Y a la mejora de esas individualidades, a su exaltación, confiamos la mejora también de la suerte política general. No han de ser siempre los mismos los encargados de esas misiones. En el crecer y ascender del hombre, creado por Dios, son precisas nuevas y más completas proyecciones de su voluntad y sus propósitos, y ello se consigue con movimiento de incorporación a las más responsables actividades directoras de los nuevos actores de la historia.

«Se verán sometidos ciertamente los pueblos recién llegados a las tentaciones de la demagogia organizada, en su actual forma comunista. Escucharán discursos seductores, repletos de violencia, alfradistacos oratorios, encaminados a apartarles de la colaboración con los demás pueblos libres de la tierra. Su buen sentido les hará ver lo aparatosamente interesado del propósito, tan peligroso para ellos como para todos, y, en el fondo, ofensiva para su buen sentido y experiencia de la vida, capaz de resistir voluptuosidades revolucionarias, catalogadas como estériles y contraproducentes.

Hablarle en esos estilos un poco delirantes es suponer a estos pueblos antes coloniales aquejados de infantilismo del que, gracias a Dios no padecen. No se hagan demasiadas ilusiones los tentados. Si en algunos momentos de la empresa emancipadora pudieran mostrar debilidad o aprovechar el auxilio de quienes, por oposición a los países de Occidente, parecían ayudarles, eso no pasará de ser un accidente, una aventura de viaje. Su entereza moral, auxiliada por la precisa y leal actitud de los pueblos antes colonizadores, les hará ocupar, es-

amos seguros, la posición de libertad y respeto al derecho internacional correspondiente a sus mejores cualidades.

Ahora domina la política universal el cuidado de la mejora material, que es también la mejora espiritual, pues da al hombre los medios de perfeccionarse. No siempre lo habíamos conocido. Ha dicho con precisión de pensamiento y lenguaje en este debate convertido en una injusticia despojándola de todas las razones tradicionales que la declaraban inevitables. Remendaría constituye un deber de los pueblos de mayor elevación y riqueza, que estos, justo es decirlo, están cumpliendo en proporción ya muy considerable. Observe, por cierto, en las estadísticas del primer ministro de la Gran Bretaña que los soviéticos mucho menos que los otros. Los grandes préstamos de la nación económicamente más poderosa de la tierra, Estados Unidos, suelen llevar el mana a quienes lo necesitan para montar su vida o reconstruirla después de periodos de crisis, cuando haya pasado el momento de polémica será una de las notas confortadoras y finas de la conciencia contemporánea. Antes de ahora he tenido el honor de advertir a la asamblea con cuánta despreocupada libertad se atreve nuestra delegación a encomiar la obra de los poderosos, sin inquietarle el aire de adulación que algunos pudieran atribuir a lo que estima tributo de justicia y esclarecimiento para ejemplaridad futura. «Hony soit qui fal y pensa» dije y repito.

Ese sentido de responsabilidad universal de quienes al fin y al cabo, por su propio esfuerzo, alcanzaron las cumbres económicas y un vivir elevado y honorable, ha de marchar por los cauces de los organismos internacionales y ser una de sus mayores funciones. España un término medio de desarrollo económico, entre los países de vida industrial contemporánea y los de cierto relativo retraso, ha conocido también ese auxilio y tiene empeño en reconocerlo agradecida. Personalmente, como embajador que era de España en Estados Unidos no puedo olvidar aquellos sesenta y dos millones y medio de dólares votados hace diez años por el parlamento de Washington dentro del régimen de la E.C.A., la ley Maccarran, con destino a la ayuda a España para resolver sus problemas económicos. Después se nos aplicaron nuevas cantidades en considerable cuantía, al igual que a otros países del mundo, sobre todo de Europa. Encontramos alivio para las dificultades del siempre arduo vivir económico de España y hoy podemos presentar un cuadro de realizaciones progresivas visiblemente satisfactorio. Justo es agradecerlo y yo recuerdo con emoción las palabras de los eminentes varones senatoriales que entonces votaron el auxilio económico proseguido luego por el Gobierno y las instituciones parlamentarias de Estados Unidos, que el ejemplo marcado en concreto en este caso, con mucha mayor proyección en otros países, sea visible para todos y anticipa resultados parecidos, es nuestro deseo. Hay en estas operaciones de auxilio económico universal evidente propósito de favorecer la paz del mundo y evitar la subversión. Ello no quita el reconocimiento de quienes recibieron el beneficio y no tienen motivo para ocultarlo.

Para los países antiguos en las Naciones Unidas y para los ahora llegados, ciertamente el espectáculo del mundo está muy lejos de ser tranquilizador. Aparece éste, a nuestro entender, dividido en dos bloques voluminosos con distintos propósitos políticos, cuyos choques pueden dar lugar, en cualquier momento o en cualquier descuido, a un cataclismo universal de dimensiones incalculables. Bellamente decía, nuestro anterior presidente, doctor Belanude, cómo en los inmensos glaciares de Suiza, basta la vibración o el eco de una voz para desencadenar el alud y con él las catástrofes.

Eso puede ocurrir. No pensemos con criterio más secamente lógico que humano, en el terror a ese exceso de males, como remedio al posible encuentro apasionado de la guerra. Ya en 1939 el peligro de daño y las capacidades de destrucción de las máquinas era tremendo. Se vio ello luego, tardó tal vez en hacerse palpable y, sin embargo, se conocía ya como posibilidad desde el día mismo del desastre de la contienda. Con inocentes sacos de arena protegíamos el 39 nuestros edificios y armados de caretas para los gases nos paseábamos lo vecino de algunas capitales amenazadas, con temor a lo definitivo, al fin y al cabo idéntico a lo que ahora prevenimos, pues podía ser la destrucción total de cuanto personalmente nos interesa y afecta. Y no cesó por ello la preparación para la guerra, ni se abstuvieron los pueblos de llegar a esta «última ratio» dirimente de sus contiendas. ¿Por qué no había de ocurrir hoy lo mismo si un temblor en el glaciario, un accidente determina la catástrofe cósmica? No, no confitemos exclusivamente en el miedo al peligro, pues la humanidad lo ha

superado insensatamente muchas veces.

Nuestra delegación estima que nada puede contribuir a evitar la guerra como el fortalecimiento, con todos los apoyos y cooperaciones, de aquel de los grupos contendientes animado de deseos de paz y cuya resistencia, ya probada, ha impedido hasta ahora la lucha, y con su superioridad, hay que confiar en que será capaz de hacerla imposible también para el futuro.

Pensamos señor presidente, al decirlo, en el grupo llamado occidental, extendido por varios continentes y armado, gracias a Dios, de todos los elementos de lucha capaces de hacer respetar y prevalecer sus propósitos de paz. Vacilar entre uno y otro grupo mostrar indecisión o duda en lo que cada uno de nosotros podemos hacer al apoyar al grupo de la paz es para esta delegación mala política. El único medio de cooperar, cuando se carece de fuerza decisiva propia, es una tarea evitadora de riesgos tal vez definitivos para la suerte humana, es mostrar plena confianza a quien sirve nuestra causa y ayudarle con nuestros medios, llámense bases, llámense con otros nombres prácticas y determinables. Solamente poner en duda nuestra adhesión fervorosa a la gran fuerza defensora del orden universal y de la paz es, a nuestro entender, un daño al propósito pacífico que perseguimos. Precisamente por respetar las intenciones de los países neutralistas —contamo entre los que así califican con grandes y excelentes amigos— las acciones de muchos de ellos y de cómo en el propósito puede haber también el mismo deseo pacífico de nuestro país y de nuestra delegación, lo decimos con deliberada claridad. Cedemos mejor al llamamiento de las potencias beligerantes para el bien, que al de las potencias neutralistas. El grupo opuesto, el grupo soviético, representa hoy la amenaza única para la paz del mundo. Ahora mismo, en el Congo, hemos visto cómo frente al organismo universal de las Naciones Unidas, a la cetera labor del Secretario y a la articulada y hábil intervención de las fuerzas armadas neutrales, ha desatado una dura campaña de descrédito. Y, lo que es todavía más grave, hemos presenciado el envío imperialista de agentes de las potencias soviéticas para nuclear aquel país y entregarlo a manos de los dominadores. Bien han reaccionado las Naciones Unidas en sus votaciones, y especialmente la actitud de los pueblos afroasiáticos ha sido una lección de sentido y responsabilidad, pero el daño del imperialismo soviético no se limita a África, sino que empieza en Europa misma. Habremos pecado los europeos por los caminos coloniales; bien lo pagamos ahora con nuestra colonización soviética. No hay nada comparable, como ejemplo de violación de los derechos históricos de un país, a la ocupación de Alemania oriental, dividiendo en dos trozos una de las más viejas y definidas nacionalidades de la tierra. Y se señalan con la mayor autoridad amenazas a Berlín. La suerte de los países bálticos, Estonia, y Lituania, clama siempre al cielo. ¿Y Hungría? No es posible levantar a hablar en las Naciones Unidas sin recordar, entre tantos efectivos resultados de nuestra acción anterior, ese doloroso contratiempo húngaro, al cual no asistimos impasibles, aun cuando la normal prudencia y el temor a desencadenar males ilimitados impidan la adopción de medidas decisivas. Todavía no ha conseguido penetrar en la nación húngara, ocupada por las tropas soviéticas, el mandatario de las Naciones Unidas, nuestro antiguo presidente, sir Leslie Munro, y pensamos también, ante la oleada de violencias soviéticas, en los acontecimientos del Tíbet. Y ahora acabamos de hablar del Congo.

«Misión es la nuestra no obstante, nada pesimista en cuanto a la paz. La creemos posible con elementos políticos tan incapaces de inspirarnos confianza como las que constituyen el mundo soviético y la URSS a su cabeza. Jamás nos han interesado, a efectos internacionales, los principios interiores del régimen soviético, su organización ni su historia. Lo han pedido varios oradores y deberá ser una de las bases de la acción de Naciones Unidas el abstenerse de comentarios que implican una intromisión moral, y menos de críticas agudas, y todavía menos de acción directa o indirecta, en los regímenes políticos internos de cada nación. Ahí nos damos las manos con países tan distintos entre sí como el Brasil y Yugoslavia, cuyas opiniones sobre este punto suscribimos. Nada más empalagosos que los dogmatismos y definiciones, por inclusión o exclusión, de las organizaciones adoptadas por cada país para vivir la vida pública con arreglo a su historia y sus necesidades. Salvemos el derecho a la originalidad política, sin sumisiones gregarias, a veces sólo aparentes y aduladoras. Con acierto lo exponía este verano el ministro de Asuntos Exteriores español en una reunión

(PASA A PAGINA 7)

# Discurso de Lequerica en la ONU

(VIENE DE PAGINA 5)

privada de diputados, en el parlamento de Londres. Vivan, pues, la unión de repúblicas socialistas soviéticas y los países en contacto con ella con su régimen que nosotros ignoramos, como no sea para tributarle todo el respeto internacional debido.

Son sus propósitos precisamente fuera de las fronteras, la ansiosa actividad intervencionista en la política de otras naciones, la ambición imperial, la falta de escrúpulos para emplear la violencia más allá de sus propias casas, o de imponerse indirectamente por filtración, el motivo de nuestro recelo frente a su acción pública. Ella nos lleva a agruparnos con quienes defienden la causa occidental y a desconfiar de las sirenas neutralistas. Sirenas mucho más temibles para quienes, por propia voluntad, están en el mundo del orden y de la libertad, pero no se sienten ligados entre sí por la férrea relación a que viven sometidos los países del grupo contrario. Si desfallecen quienes apoyan libremente a Occidente, se habrá retrasado la hora de la paz y quien sabe si comprometido definitivamente su consecución y prevalecimiento.

Los llamamientos nerviosos a la conciliación fortifican a los países agresores. Y al colocarse en el mismo plano moral que los otros aumenta su tamaño en influencia. Ese dimitir nuestros deberes y acudir suplicantes e inermes a los poderosos pidiéndoles bondad y condescendencia recíproca, nos humilla a los demás. Bien sé que ese camino lo siguen los pueblos de lo más aguerrido y duro de la tierra. Pero se equivocan y nosotros no estamos dispuestos a dimitir nuestros derechos y deberes, a suprimirnos y a delegar la existencia propia y sus problemas a tertulias de poderosos. Ni con alaridos de plañideras pensamos se puede aplacar a los alejandrinos vencedores. Miembros de las Naciones Unidas, con deberes ante todos los problemas, lavarnos las manos nos parece poca función. Aquí no se es neutro ante ningún problema. Se debe pensar, operar y resolver a nuestra bien calculada medida.

Cuando pasamos revista a la posición de nuestro país, la encontramos irreprochable en ese camino, y ningún deseo tenemos de cambiarla o atenuarla. Por ejemplo somos una nación establecida en Europa y a veces se habla del europeísmo como de una fuerza distinta o matizada dentro de la defensa occidental, frente al comunismo. Si por europeísmo se entiende creer en la unidad de nuestra vieja civilización y un propósito de robustecer la fuerza conjunta con la de los países internacionalmente animados de propósitos libres y pacíficos, si se busca hacer más eficaz y coherente la voluntad de resistencia de 250 millones de europeos, muchos de ellos con alta vida económica y especialmente industrial, considerables tradiciones y solidez en el servicio de las causas políticas, límites además con las naciones bolcheviques, encontramos plausible y útil el reforzamiento del europeísmo. Nos interesaría menos si simplemente se buscara con el

provincializar la gran resistencia civilizada, darle matices locales y atenuar, siquiera sea con el pensamiento y la preocupación, la unidad occidental. Podrían venir detrás del acento excesivo europeísta la resurrección de preferencias locales, repletas de historia gloriosa y escabrosa, de las partes del viejo continente. Y es demasiado feliz la coincidencia de Europa y América sobre todo, y con otros pueblos de distinta geografía, y lo será con los nuevos, para comprometerla en tales ejercicios. La salvación del mundo, amagado desde el año 45 de destrucción como entidad civilizadora y libre, ha sido la unidad de América y Europa. Una cultura une a los dos continentes. Las diferencias son escasas y el volumen de coincidencias de propósitos y similitud de miras, casi ilimitado. De hecho, además, la fuerza durante todo ese decenio y medio ha residido, y reside todavía, especialmente en el continente americano, y ella ha servido para contener agresiones y salvar la paz.

Solemos acariiciar los europeos una cierta pretensión de mayor antigüedad diplomática y tender a asignarnos sabidurías históricas, hijas del tiempo y la práctica. Dudo de ello como realidad fundada. Todos los pueblos son responsables de acontecimientos violentos los cinco últimos decenios y no se ve en ellos especial responsabilidad americana, ni que la experiencia de Europa haya servido para evitarlos. Apartémonos, pues, los europeos, de la ilusión de ser mejores especialistas en el trato de los pueblos, para entregarnos con plena fusión a esta unidad que algún día será la unidad entera del mundo.

Nada de cuanto decimos excluye el deseo de paz, el apetito de arreglo. Lo sentimos como todas las demás delegaciones. Ahora, reconocer al enemigo en la guerra, incluso fría, y adivinar sus propósitos es el principio de la sabiduría estratégica y, a la vez, la base única sobre la que puede hacerse la paz, siquiera fría. Arreglo garantizado, arreglo sólido, con elementos suficientes de cautela y previsión para obtener lo durable y eficaz, deseamos. De ordinario más se trata y concierta entre las gentes que compiten, buscan los mismos fines, no se estiman y han peleado mucho tiempo, que entre amigos seguros. ¿A qué disfrazar y hacer comedia sentimental de una realidad áspera. Hablar de desarme sin vigilancia es escamotear el problema, y dar libre curso a las preparaciones para la violencia de los países a quienes conviene evitar la observación universal de sus movimientos.

Tengo confianza en el resultado de ese procedimiento áspero. Creo que después de muchas desilusiones y el aliento confuso del descontento universal, los impulsos soviéticos como otro de su mismo tipo huracanado y amenazador ya archivados por la historia, acabarán por renunciar a sus intentos de agresión, para hacer alegremente los pucheros nacionales y mejorar la suerte de sus gentes, sin pensar eternamente en la violencia. Ahora se sientan entre nosotros eminentes representantes suyos, a los que escuchamos con la debida deferencia y con fusión de verles ceder —que humanos son como todos nosotros— al contacto con los demás, al descubrir mejores cualidades de las que ellos mismos sospechaban a los otros pueblos sentados en el salón de la ONU.

Vinieron esta vez los soviéticos un poco espectacularmente, y con cierto aire de cruzada náutica, en un barco repleto de tesis doctrinarias y hombres flustres de la cofradía, a abordar las orillas democráticas de Hudson. Español, muy en los recuerdos de mi historia, no dejé de pensar, aunque no sea la evocación de las más agradables —tal fe española tengo que los recuerdos oscuros no me asustan— la «Armada Invencible», enviada un día para empresas de guerras que es inútil precisar. Un gran galeón de aquella flota semejante al barco portador de los distinguidos visi-

tantes y medité en cómo regatea la suerte el éxito a esas aventuras arrogantes. Sea la evocación fundada y sirva de consuelo a quienes no conseguirán ascender las costas anejas al asalto. Después de estos accidentes caben vidas fecundas y conciliaciones útiles.

¡Quién sabe si Dios tocará sus corazones! A veces hay síntomas insospechables. Probablemente irracionales, pero quien sabe si con algún contenido superior a nuestra propia capacidad de observación. Lo digo porque ayer, en el debate de la mañana, escuché, impresionado unas bellas palabras sobre la siembra de la semilla de la paz. «Es posible que nuestra semilla no siempre caiga en terreno propicio, estoy seguro que cierta cantidad de ella cayera en terreno de mala condiciones», se dijo. Pero ¿no era esta la parábola del sembrador, un poco modificada ciertamente. Del evangelio cristiano, para dar problemática fertilidad a los terrenos duros, pero en la línea del texto sagrado? Repasé el evangelio de San Lucas y encontré en el capítulo VIII, versículo 4, párrafo 15, sobre el sembrador: «Y la semilla que parte cayó en pedregal y luego se secó por falta de humedad, parte cayó entre zarzas y parte, finalmente, en buena tierra. Estas semillas desarrollaron y florecieron y crearon el árbol de la vida. Que luego, el evangelista explica, son aquellos que oyen la palabra de Dios y dan lugar a un fruto sazonado. Me impresionó la similitud de conceptos y debo decir, señor presidente y señores delegados, que esta casi transcripción evangélica para un propósito solemne no figuraba en el discurso de ninguno de los señores delegados a los que sus creencias o prácticas religiosas podrían hacer más indicada esta preocupación espiritual. No. Estaba y está en el acta en el discurso pronunciado por el jefe de la delegación de las repúblicas socialistas soviéticas. Parece como si un subscritor cristiano, nada sorprendente, dada la gran tradición religiosa de su país, le hubiera hecho acudir a esta gran referencia, aunque sin citar a su autor. No deja de ser paradójico que la única cita evangélica que he oído en este debate sea esta. Otro señor delegado de mi mismo idioma, hablando con mucha mayor elocuencia y también en mucha mayor cantidad inició una referencia del mismo tipo. Pero se cortó en seguida. Recojamos, pues, este buen síntoma que anula otras manifestaciones antirreligiosas que ciertamente algunas veces se escucharon del mismo origen, pero que no son, queremos creer, al lado de este gran fondo auténtico de cristianismo de tantos siglos, sino restos todavía de preocupación volterriana, tan típica de la civilización burguesa, aun no enteramente borrada en los países y en los hombres sometidos a mayor transformación social.

El Huracán soviético de estos días, de esos que ahora se bautizan con nombres propios, y que aquí también podría llevarlo, intenta barrer las Naciones Unidas con pretecto de eliminar a su secretario; inevitablemente mientras no se calme este impetu imperialista, un órgano de derecho y vigilancia del derecho y a quien tanto deben los pueblos emancipados, ha de ser víctima de sus ataques. Deber nuestro es, como con caluroso aplauso ha mostrado varias veces la Asamblea, apoyar y sostener en esta lucha para la que no caben soluciones conciliadoras.

Ningún órgano para obtenerlas como las Naciones Unidas y su sutilísima posición —en buena parte obra de su sutilísimo secretario, al que tanto admiramos y seguimos con sincero apoyo, oscilante entre la autoridad y el Consejo de un lado y la visión alterna del abismo, al otro. Si no se utiliza este mecanismo, a menudo único y sin piezas de recambio. A las Naciones Unidas acude con plena fe nuestra delegación. Organismo es para altas misiones dentro del respeto escri-

(CONCLUIRA MAÑANA)

## verría

ción A. de Su Santidad

Ignacio; hermana, doña Jua-

celebrarán MAÑANA, VIER-

juéves, a las CINCO de la tar-

Bautista, San Saturnino y

podrán aplicarse por el eterno

OCTUBRE DE 1960

# Importante discurso de Lequerica en la ONU

(CONCLUSION)

puloso a la soberanía de sus miembros, fijado por la carta, y no instrumento de enredos en asuntos menores, impropios de su altura. Sin que nos desaníme, al hablar de armamento y desarme, lo débil de la posición de quienes no están armados y poco pueden aportar directamente a la tarea. El entusiasmo, la decisión y el espíritu de sacrificio detrás de una causa, también son elementos de combate, del único combate practicable para conseguir la paz.

Pero especialmente nos confortan las posiciones de quienes, como el presidente de Estados Unidos, disponen hoy del máximo de fuerza, por fortuna al servicio del derecho. Han resonado en este salón rotundas, impresionantes ofertas suyas de pacificación, de abandono de elementos de destrucción nuclear y utilización del espacio exterior sólo para fines pacíficos. Todo ello a base de garantías sólidas, incuestionables, internacionales vigilables por todos, en cuya aplicación buen papel se ofrece a las naciones Unidas. Se ha ofrecido el presidente a iniciar la financiación del Africa nueva y auxiliar a la fuerza de las Naciones Unidas a que mantenga la libertad de los pueblos africanos. En otra esfera ha renunciado en el espacio exterior a las soberanías nacionales, a las actividades guerreras, a los recursos de destrucción, invitando a la cooperación internacional para utilizarlo en el conocimiento meteorológico y en las comunicaciones. Rotundo ha estado el proponer el arreglo para un completo desarme. ha invitado a los científicos de las potencias nucleares a acabar con la producción de esta clase de armas y con los materiales fisibles acumulados, que está dispuesto su país a trasladar a un depósito internacional. La inspección internacional, efectiva y recíproca, la pide en términos precisos también el presidente. El secreto, ha dicho, no es tan sólo un anacronismo, sino absolutamnte peligroso. Demanda el señor Eisenhower no un superestado sino una comunidad humana que utilice todos estos medios en el beneficio general. ¿A qué insistir por nuestra parte si no podemos aportar más que aprobación y votos fervientes? Vayan ellos bien sinceros y pidamos que la gracia toque a todos y cooperen al propósito común apetecido angustiadamente por los pueblos.

Estas palabras del presidente

te— hemos saludado, empiecen la tarea por sumarse a este empeño. Y que en la tarea de mejora se encuentren unidos a la labor común. Vivimos, lo he señalado antes, una hora sensible y despierta a la guerra contra la miseria, al atraso y la degradación humana. Marca esta preocupación pública uno de los progresos de nuestra era. Entre todos en esa lucha nobilísima, incluso los que tengamos menores medios. Hagamos lo que sea preciso, los sacrificios necesarios.

Consideramos de extraordinaria importancia el tema de la asistencia, que numerosas delegaciones han traído aquí a colación. De poco serviría la ayuda económica si no se atendiera al propio tiempo a la raíz de esas situaciones de insuficiente desarrollo que el mundo todavía padece, es decir, a la falta de cuadros directivos y educativos debidamente preparados para promover el progreso económico y social.

Más que la existencia o ausencia de recursos naturales, lo que distingue a los países de alto nivel económico y a los subdesarrollados es el contra o no con equipos de hombres capaces de levantar a un país y potenciar sus energías. La mejor riqueza de una nación es la preparación técnica y profesional de sus ciudadanos. De aquí que la forma de colaboración más valiosa que puede prestarse a los países insuficientemente desarrollados, no es la limosna de unos fondos dinerarios o de unas facilidades creditivas, sino la más noble de brindar amplia oportunidad de formación a quienes más la necesitan.

España, que no anda sobrada de recursos materiales, tiene en cambio una añeja y gloriosa tradición

educadora, que regustosamente brinda a todos los pueblos y en particular a los fraternos de Iberoamérica y a los del mundo árabe, con los que se siente unida por estrechos vínculos, ofreciéndose a colaborar activamente en los programas de asistencia técnica de las Naciones Unidas.

Coperemos en todas las formas los que, como antes decía, somos agradecidos al auxilio que recibimos, primero, de la nación poderosa encargada de esta acción, y segundo, reconstrucción y fomento, y lo cito como ejemplo concreto, pues esta entidad, en colaboración con el fondo monetario y la organización europea de cooperación, está asistiéndonos en el proceso de estabilización con tanta fortuna realizada en España. Y junto a tantas generalizaciones, no me duele aportar un ejemplo concreto imprecioso para nuestro país.

Generalizaciones he dicho, pero también de generalizaciones vive el hombre. Aquí mismo obedecemos a corrientes de pensamiento y de doctrina, a principios y filosofías. No tengamos el temor, por una falsa preocupación de constructivismo inmediato y de practicidad seca, lo dije al principio, de prescindir de cuanto preside por detrás y por encima de lo inmediato al desenvolvimiento de la vida de las Naciones y les acostumbra a obedecer dictados de justicia y a evitar extravíos, cuyas sanciones nos enseñan la historia. Al contrario, confiadamente, entremos por ese camino superior y aportemos nuestras preocupaciones a la experiencia, tan llena de organismos prácticos y ejecutivos, pero esencialmente animada de idealismo, que se llama Naciones Unidas.—(Efe)

## COSAS QUE FUERON

HOY HACE VEINTICINCO AÑOS

Se efectuó la solemne apertura de Curso en la Casa del Estudiante. En primer lugar hubo una misa en la que ofició el coadjutor de la Parroquia de San Saturnino don Eugenio Elizondo. Después pronunciaron discursos los señores Olcoz, Chávarri, Nagore (don Daniel) y el Presidente señor Cebríain.

—El prestigioso vecino de Echarrri Aranaz, don Tomás Navarro, había mejorado

anunciaban en Mondragón importantes actos tradicionalistas en homenaje a los que murieron a manos de los revolucionarios en el movimiento de octubre del año anterior, entre ellos los mártires carlistas señores Oreja (don Marcelino), y Edurra. Por la tarde tendría lugar un gran mitin, en el que hablarían don Antonio Arrue, don Antonio Paguaga, don Jesús Elizalde, don José María